



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: ESCRITOS ACADÉMICOS
CAJA	019
EXP.	031
DOC	1
FOJAS	1-6
FECHA (S)	2000

entregado a Arqueología
Mexicana el 23 de Agosto

Para *Rostros en la plástica prehispánica*, Arqueología Mexicana.

La expresión vital

Hace algún tiempo escribí un ensayo en torno a los niveles de conciencia que tuvo el hombre prehispánico de sí mismo, expresados en sus representaciones faciales en distintos medios, a lo largo del tiempo, y en diversas latitudes de Mesoamérica. Hoy, en este breve artículo, me he de centrar sobretodo, en los rostros que por ser afines configuran conjuntos de identidad estilística y expresan, en distintos niveles, la animación del hombre. En los rostros, figurados en esculturas y relieves de barro, piedra y estuco, y en la pintura (aplicada a los muros, a la superficie de las vasijas y a los *códices*), se reconocen no sólo las más variadas y sutiles expresiones sino que también se manifiesta, además de la expresión particular, ideal y comunitaria, el lenguaje plástico de la cultura en cuyo seno fueron creados. La voluntad artística impresa en una máscara de Teotihuacán es notablemente distinta del estilo que acusa el rostro de un relieve de Palenque

Los rostros en la plástica precolombina expresan diversos estilos artísticos y variadas vivencias existenciales.

La mayor parte de los rostros están afinados en rasgos que parten de la configuración natural. Pueden ser muy próximos a ella – como los rostros-retratos de Bonampak, Yaxchilán y Palenque- o, acaso, distanciarse del dato visual al punto de reducirlo a su mínima expresión tal y como ocurre en los esquemáticos rostros del estilo llamado Mezcala. Hay una suerte de estado intermedio en el cual sin separarse del dato natural, se advierte una potente voluntad por sintetizar y reiterar los rasgos definitorios del estilo en una convención; el ejemplo por excelencia en Mesoamérica es el de los rostros teotihuacanos y zapotecos.

Hay otros rostros que expresan también la energía de los representados, ellos, sin embargo, no se rigen, en esencia, por leyes de la visión natural, muestran

con alteraciones y sustituciones, el poder y el vigor de las fuerzas y de los entes sobrenaturales, que a menudo se asientan en figuras antropomorfas.

Acerca del esquema formal

Dentro de la enorme riqueza de los rostros prehispánicos, no abundan los que crean imágenes puramente abstractas al sintetizar sus rasgos. Casi se restringen a los estilos de las regiones de Mezcala y Chontal. De hecho los primeros pudieran cubrir un tiempo relativamente amplio, ya que después de que fueron tallados en su origen, se les reutilizó, como ofrendas, en tiempos más tardíos. Así fueron encontrados en las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan. La voluntad hacia la abstracción recuerda a movimientos plásticos propios del sigloXX : hay que sintetizar al máximo el dato visual; su esquema es tan inconfundible que destaca como conjunto entre la imaginería prehispánica. Los recursos para alcanzar la abstracción de tales rostros, son de orden geométrico: combinaciones de líneas rectas y curvas. Sin embargo las múltiples y diversas maneras en que se combinan y la factura individual les confiere a cada uno su unicidad.

ILS. DE ROSTROS Y MÁSCARAS DE MEZCALA Y CHONTAL

Los modos de la convención

Hay una amplia variedad de rostros cuyos rasgos no se apartan del modelo natural, pero en una gran mayoría no se pretende representar la individualidad, ya que no se trata de reproducir a la persona, sino de plasmar formas arquetípicas y convencionales.

Estas dominan en las imágenes de preclásico, del Occidente, de Teotihuacán, de los zapotecas, de los huastecas, de los toltecas, y en no pocas ocasiones de los mayas y de los aztecas. Lo que las congrega es la misma intención de no figurar al hombre como entidad individual. Dentro de este gran conjunto hay normas fijas para la expresión facial de cada pueblo; de tal suerte que la convención teotihuacana se distingue de la huasteca y ésta, de la de otras. Una vez establecida la convención y aceptada por la comunidad es repetida- acaso por centurias- hasta que una nueva propuesta determinada por circunstancias culturales –no por individualidades- sustituye a la norma antes aceptada. En todas hay desinterés por la significación histórica del hombre, pero se puede indicar su jerarquía o actividad por los atributos y emblemas de su vestuario, de los que porta en el tocado y toma con las manos.

En algunos rostros del Preclásico, el sintetismo y la reiterada estilización son el patrón dominante; en otros, la norma se advierte en el acento puesto en determinado principio de composición –mayas y huastecos- y en algunos más la convención se adquiere por la copia idealizada de formas naturales: teotihuacanos y zapotecas.

El hombre como instrumento de fuerzas sociales, políticas y religiosas es sumamente vital y poderoso; por ello no se le concibe ajeno –histórico e individual- sino integrado en comunidad con la naturaleza. Conviene recordar las convenciones de las “mujeres bonitas” del Preclásico, con dos rostros o dos cabezas, que incorporan en su esencia el principio de la dualidad; y las lineales apariencias faciales de millares de figurillas teotihuacanas –en formatos que van del tamaño reducido a las inconfundibles máscaras y los elaborados “incensarios”-; y las que proliferan con sus formas redondeadas y voluptuosas (a pesar de su contenido necrófilo) en el centro de Veracruz y en la huasteca; y los poderosos, a la vez que simplistas, rostros aztecas.

En estos rostros convencionales el hombre se reconoce como parte de un grupo que actúa, entre sí, en potente comunión dinámica.

ILS. DEL PRECLASICO, DEL OCCIDENTE. DE TEOTIHUACAN, DE OAXACA, DE HUAXTECAS, DE TOLTECAS Y DE AZTECAS.

En torno a los rostros-retratos de Mesoamérica

Se ha dicho, desde hace tiempo, que el arte figurativo de Mesoamérica no produjo retratos. Tal aseveración se ha apoyado, principalmente, en una opinión genérica y sin sustento : la de que en el arte del México Antiguo como en el de otras, erróneamente nombradas “artes primitivas” la figuración humana es siempre una convención.

El retrato se ha considerado tradicionalmente y en su sentido más amplio, que es la representación de un individuo, vivo o muerto, por medio de la interpretación de sus rasgos físicos o morales. En el retrato la imagen -pintada, esculpida, grabada – guarda siempre, exceptuando la idea de retrato en las artes contemporáneas, un grado de parecido con el modelo. Dicho de otro modo, se trata de la aproximación más cercana y fiel al dato visual.

Como en otras expresiones artísticas la variedad de retratos en Mesoamérica, es tanta como la diversidad de estilos regionales, locales, y personales. Por ello se cuenta desde la expresión de estados de ánimo, de tristeza (acaso depresión) en rostros de Nayarit, a manifestaciones de mesurada alegría, en Cabeza Colosal 7 de San Lorenzo, o de dolor de parto, en la Tlazoltéotl de la colección norteamericana en Dumbarton Oaks, Washington.

Ciertamente, no en todos los pueblos de Mesoamérica, se dio la voluntad por hacer permanente en el barro, en el estuco, o en la piedra, la reproducción de la naturaleza. El retrato es simplemente el deseo de perpetuar la fisonomía real de un individuo. De ahí que cuando se logra, lo que predomina es el vigor individual de la expresión.

Por alguna razón esta voluntad tuvo mejor cauce en las tierras bajas y tropicales de lo que es ahora México : olmecas, mayas y centro veracruzanos, así como las aun enigmáticas imágenes de Cacaxtla (posiblemente pintadas por artistas mayas) son los mejores exponentes de la corriente retratística. Cabe recordar que es en esta zonas en donde se alcanzó una mayor individualidad y es entre los mayas, principalmente, en donde se conocen nombres de gobernantes y de las mujeres que los acompañaban, de victoriosos y de vencidos, así como de los “escribas” quiénes ocupaban un lugar de privilegio.

Los grados de parecido con el modelo son distintos; los rostros de barro de Veracruz, los de estuco mayas, los olmecas de piedra y los pintados en el mural de la batalla en Cacaxtla, revelan excelencia en el arte de hacer retratos. Su vitalidad está presente también en el retrato funerario de Pacal II, modelado en estuco y cubierto de piezas que conforman un mosaico de jade.

ILS. DE CABEZAS OLMECAS, ROSTROS-RETRATOS DEL CENTRO DE VERACRUZ , MAYAS Y DE CACAXTLA.

La vida en lo sobrenatural.

La manera de representar lo divino, lo sagrado, lo sobrenatural, tiene, en Mesoamérica patrones establecidos. Hay, me parece dos modos básicos de representar lo antes dicho: las imágenes faciales que derivan de un ser antropomorfo, y las que se distancian al lograr en sus rostros -iconos imaginados o compuestos que se alejan de la percepción natural.

En ambos casos se alteran , por medio de la sustitución natural o imaginada, los rasgos que se aprecian en la visión real. De tal suerte que un rostro humano al modificarse en su nariz, boca, y otros rasgos faciales, con la transmutación de narices felinas y fauces de serpiente –a manera de ejemplo- deviene en otro ser que no es humano, ni animal (ya que se pueden mezclar distintas especies) sino en un ente diferente con vida propia.

El carácter sobrenatural de la imagen se ve más claramente cuando la divinidad se presenta en aspecto teriomórfico, fitomórfico, o fantástico .

Elementos formales tomados del mundo animal o vegetal, o del campo de la

imaginación, señalan claramente que la divinidad que los exhibe, con animación portentosa, es diferente a la humana.

Las representaciones de seres sobrenaturales oscilan, entre las que tienen aspecto antropomórfico, y las que resultan de estilizar, sustituir y sobreponer elementos, llegando, en fin, a configurar abstracciones lejanas a la imagen natural.

ILS. MEXICAS: COYOLHAUQUI, XIPE, TLALOC

Es cierto que con los años el panteón mesoamericano se enriqueció a la vez que se diversificó. Una deidad podía tener múltiples y disímiles facetas. Por ello se elaboró, se amplió, y, en cierta medida se tornó más compleja, la imaginería de los tutores del panteón. Las variadas representaciones tenían, cada una, la misma energía procedente de la vida divina, que podía ser ancestral o heredada de fuerzas desconocidas y veneradas.

El otro modo de expresar la vida sobrenatural es el que no se arraiga en una estructura antropomorfa, se fundamenta en una combinación de formas que congregan, de una manera imposible de apreciar en la realidad, que animan a seres imaginados, producto de la imaginación religiosa y social, pero que afectan perceptualmente por su enorme carga de poder, de energía y de ubicación en la jerarquía sobrenatural. Estas imágenes se encuentran, mayormente, en códices. Sin embargo están presentes desde la temprana cultura olmeca, las de Oaxaca, y a menudo en los objetos mexica-

El encuentro con lo divino se produce con distinta intensidad y de modos diferentes en el arte precolombino. Hay veces en que en las caras humanas se altera notablemente su fisonomía, exagerando rasgos tales como nariz y boca, para que, de esta manera se obtenga un rostro que no se encuentra en la naturaleza visible.

Hay otros rostros que no participan de la identidad del hombre; su transformación radica, de modo fundamental, en la presentación de una nueva realidad que no conlleva rasgos humanos, sino que se compone, en esencia, de rasgos fantásticos, creados por la imaginación, y por ello, podrían ser, para los antiguos habitantes de Mesoamérica un asunto misterioso de la naturaleza. Estos rostros se miran en obras tardías de la imaginería prehispánica. De otra parte el misterio es elemento indispensable para el credo, y con los ancestros debe haber tenido valor fundamental.

ILS. CODICE BORGIA, CODICE BORBONICO, URNA DE OAXACA,
MASCARA DE PIEDRA OLMECA, CHAAC DE LA ZONA PUUC.

Al observar, con un poco de cuidado, las caras vivas en la plástica prehispanica, se puede entender no sólo el distinto estado de conciencia y de participación en la naturaleza, sino los multivariados estilos que se generaron, a partir de la estructura, efigie, y expresión radical del ser humano: su rostro.

Las variaciones que he señalado, no son caprichosas ni accidentales; revelan cambios en la naturaleza del hombre de acuerdo con sus circunstancias, y son la respuesta animada de distintos retos existenciales.

No son tampoco categorías absolutas; toda regla tiene excepciones en el transcurso histórico de los hechos y de la vida humana.

Beatriz de la Fuente

Investigadora Emérita del Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM y del SNI, Conacyt. Miembro de El Colegio Nacional.